

Alonso Ramos

*Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan*

3 tomos

Gisela von Wobeser (coordinadora y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

434 p.

Ilustraciones

(Serie Documental, 31)

ISBN 978-607-02-9436-5 (obra completa)

ISBN 978-607-02-9437-2 (tomo I)

ISBN 978-607-02-9438-9 (tomo II)

ISBN 978-607-02-9439-6 (tomo III)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de agosto de 2017

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios\\_catarina/tomo01.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo01.html)

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios\\_catarina/tomo02.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo02.html)

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios\\_catarina/tomo03.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo03.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## CAPÍTULO 7

## DE SU BAUTISMO Y CONTINUACIÓN DE SUS PEREGRINACIONES HASTA LLEGAR A MANILA

*1. Del modo, dónde y por quién fue bautizada*

[55] No se puede dudar que entre los gravísimos desconsuelos que padeció en tan arrastrado cautiverio esta inocente virgen, especialmente en los repetidos y casi continuados peligros de muerte, sería el mayor no estar bautizada, como se vio cuando su celosa émula la arrojó al mar. Esto debemos suponer no sólo de las luces que andando entre cristianos tendría, sino mucho más de las interiores ilustraciones con que el Señor le alumbraría su entendimiento y abrazaría su voluntad a este santo sacramento, como a fundamento y puerta de todos los demás beneficios a que se daba por prendada y obligada con los que ya le había hecho antes de bautizarse y aun antes de su ser. Decía Catarina que su bautismo había sido en Cochín, porque tratando los piratas de bautizar a los demás prisioneros o esclavos que habían apresado, la sacaron a ella del rincón donde la tenían escondida. ¡Oh, y con qué gozo saldría olvidada en aquel punto de todos sus trabajos! La instruyeron en la doctrina cristiana y misterios de la santa fe los padres de la Compañía, y aunque tendrían poco quehacer en instruirla, quiso el Señor que eso poco, porque era como la primera semilla de su espíritu para la enseñanza y copiosa cosecha de sus sazonadas virtudes, lo debiese a la Compañía de Jesús, a quien desde entonces quedó especialmente encomendada con la persuasión de esta poco costosa instrucción. Digo poco costosa porque me persuado que su querido esposo la alumbraría para que percibiese presto y aun adelantase mucho aquellos católicos rudimentos, principal materia de su extraordinaria oración, de que quiso sólo ser su maestro, dándole por arras y donas<sup>38</sup> antenupciales altísimos sentimientos de la doctrina y fe de Cristo y beneficio singularísimo del bautismo. Del modo con que ya vivía entonces y favores sobrenaturales que recibía de su amantísimo esposo Jesús y amabilísima madre María, puede inferir y considerar el piadoso lector los heroicos actos de todas las virtudes con que se dispondría para recibir el deseado bautismo y con la singular eminencia de

---

38 Donativos.

su proporción a aquel acto sacramental de la fe invicta, arraigada esperanza y ardentísima caridad. ¡Qué suspensa!<sup>39</sup> ¡Qué abrasada en su amoroso agradecimiento! ¡Qué hundida en su profunda humildad! Bañados en lágrimas los ojos y anegada en un piélagos de gozos el alma se llegaría a recibir el santo sacramento del bautismo.

[56] Lo administró un padre clérigo, que sería el cura de la parroquia, sin mucho reparo, como a los demás; pero los ángeles y cortesanos del cielo, ¿qué fiesta no harían? ¡Oh, y con qué imperiales festejos celebrarían aquellas bodas bautismales de Catarina, siendo el desposado Jesús, enamorado de su alma, y la madrina María, su madre purísima! Pensando yo en este paso y trayendo a la memoria el ventajoso uso de la razón que tenía Catarina, elevado y adelantado con las continuas visitas celestes y favores de Jesús y María, suponiendo los altos conocimientos de la divina bondad que le comunicaban y los abrasados afectos de intensísimo amor con que les merecía, recibía y agradecía, me persuado la halló ya santificada el bautismo con el específico afecto de sus mismos deseos, formados con la perfecta contrición y caridad perfecta. Este no es liviano adelantamiento de alguna temeraria ligereza sino legítima consecuencia de sólidas premisas, sana, santa y cristiana doctrina. Pues es asentada teología, como lo dejo insinuado y probado en el parágrafo último del precedente capítulo, que los deseos del bautismo formados con la perfecta contrición, suplen con su efecto el bautismo en quien no puede o mientras no puede recibirle. Luego, con prudentísimo juicio y aun evidencia experimental del modo con que vivía Catarina en aquellos años, granjeándose la antonomasia de la niña santa y de los continuos favores de Jesús, María, santa Ana y san Joaquín, se puede discurrir y aun decir que llegó justificada al bautismo.

[57] Dirá alguno que el insinuado pensamiento y discurso tira a decir que fue santificada en el vientre de su madre. No digo tanto ni afirmo tal cosa, porque no hallo bastante e individual fundamento para ello como le tenemos en su niñez para discurrir probable y prudencialmente que mucho antes de recibir el bautismo pudo recibir la gracia bautismal, y aumentarla con los intensos deseos del mismo y actos de caridad ardientes. Porque viendo que de tres años tenía tanta luz y amor para conocer y amar la pureza, cuanto prueba el caso de entrarse en la cueva de la víbora por huir [de] los halagos y pláticas matrimoniales del príncipe mogor que la pretendía para

---

39 Maravillada, asombrada.

esposa futura, inferimos la pudo alumbrar y parece la alumbró con el conocimiento y deseos abrasados del bautismo, cuyos primeros actos pudieron santificarla; pero nosotros no sabemos ni afirmamos cuándo fueron, sino que pudieron ser en mucho tiempo del antecedente. No puedo dejar de notar aquí el que no repugna la santificación de una criatura en el vientre de su madre; porque fuera de enseñarnoslo la sagrada escritura en la justificación del Bautista, lo discurren y afirman con fe humana de otros sus historiadores, como de Jacob, san Ambrosio; de Moisés, san Efrén; Egesipo y Eusebio de Santiago el menor; san Antonio de san Nicolás obispo. [Apostilla: P. Corn. *en 1. Mat y 16*] Y de otros de inferior jerarquía dicen lo mismo calificados doctores, como san Jerónimo y el padre Cornelio, Cartagena y fray Juan, de san Cirilo; y no sé si con tanto fundamento como el que hallamos en esta prodigiosa virgen.

[58] La llamaron en el bautismo Catarina de San Juan, y parece también que todo este nombre fue un feliz y profético auspicio. El de Catarina por la fragante semejanza de su inflamada pureza con la rosa de Alejandría, santa Catalina mártir, escogida esposa de Jesús desde su bautismo, como nuestra Catarina, y con circunstancias bien parecidas entre sí, como ya insinuamos y repetiremos otras muchas de estas dos Catarina, concibes orientales. El sobrenombre de San Juan siempre le estimó ella como del Bautista; pero, aunque fuese del evangelista, le viene nacido a la singular adopción con que María santísima la recibió por hija y como tal la favoreció en todas ocasiones, tratándola con cariños de amado Benjamín, como al evangelista, y con las estimaciones de primogénito, como al Bautista, verdad que se puede notar ejecutoriada en toda su vida. Concurrió a esta celebridad la reina de todo lo creado, porque no fuese menos dichosa Catarina en el nacimiento espiritual de la gracia que en el nacimiento de su primer ser, en que la festejó esta soberana Señora como dije en el capítulo tercero.

## *2. Peregrinos favores que recibió de María, del Niño Dios y de Jesús Nazareno en estas peregrinaciones*

[59] Se le apareció en esta ocasión con san Joaquín y santa Ana en la forma y modo que se le dejó ver en su gentilismo, de que hice mención en el capítulo cuarto, si bien ahora vino como de fiesta y bodas, más de gala y con más redundancia de gracias y resplandores, mostrando mayor majestad y afectos más cariñosos a Catarina. A vista de tan soberana beldad, quedó la recién bautizada como embelesada, quería ofrecerse por esclava de esta

majestuosa reina y no se atrevía, quería hablar y no acertaba, quisiera sellar con sus labios las plantas de la Majestad que se le representaba y el temor y respeto a tanta grandeza la detenía. El mirar apacible de la Señora la impulsaba a arrojarse a una amorosa osadía, y juntamente su propia humildad la acobardaba y suspendía, asombrada sin saber qué hacerse en medio de tanta dicha. Se valió de la gloriosa santa Ana como de madrina y volvió a repetir la oferta que había hecho antes de ser bautizada: que fue el pedir la admitiese por sierva de sus esclavas para vivir en su casa y ser una de las menores de su familia. Aceptó santa Ana la oferta y la petición, y cogiéndola entre sus brazos se la ofreció a la Señora para que la admitiese por hija. La recibió la madre de Dios piadosa, le dio su mano, la acogió a su regazo y comenzó a tratarla como a hija, con tal amor y cariño que Catarina atónita y como fuera de sí decía a voces: “No Señora, no soy digna de ser hija. Esclava seré de tus esclavos. Barrer tu casa me basta; no quiero más que estar en tu santa compañía”. En medio de estas repugnancias humildes quedó admitida por hija de María, y desde luego hizo esta soberana Señora oficio de madre amorosa, repitiéndole otra semejante visita.

[60] Se le dejó ver al modo y en la forma que dije en el capítulo cuarto, con el Niño Dios en sus brazos, no huyendo el rostro esta majestad divina a Catarina, como lo había hecho antes de ser bautizada, sino mirándola y remirándola con multiplicadas caricias, como sucedió a santa Catalina mártir después de bautizada despertando con el anillo imperial en el dedo. Al ver esta dichosa virgen la hermosura, la belleza y grandeza de Jesús en los brazos de su santísima madre, se quedó en suspensiones su alma pero muy atenta para advertir los cariños con que la llamaba el Niño Dios y lo amoroso con que le hablaba María, le ofrecía esta piadosa Señora a su hijo y su majestad la convidaba con su mano y tiernos abrazos. Pero Catarina humilde, llena de confusión y vergüenza, se excusaba y retiraba de este favor, diciendo a la madre: “No Señora, no soy digna de tener en mis brazos al hijo de tus entrañas. Esclava seré de los esclavos de tu casa”. Y volviéndose a Jesús, que la instaba por sus brazos, le decía: “No Señor, no soy digna de vuestra divina mano. En buenas manos estáis y si queréis santificar otros brazos, ángeles tenéis, santas y santos tenéis a quienes favorecer con esa merced y regalo, que yo no soy digna y temo manchar vuestra belleza, afean vuestra hermosura y deslucir vuestra majestad”. En esta competencia de afectos triunfó el amor de Jesús, arrojándose amante y enamorado a los brazos y regazo de Catarina, y al verse esta esclarecida virgen con todo un Dios abrazada y abrasada en incendios de amor, ciega

y como fuera de sí, comenzó a adorarle humilde y juntamente a acariciarle, agasajarle y engrandecerle con los tiernos amores que le inspiraba el divino amante; hasta que dejándola anegada en gozos se retiró Jesús de su amada, quedando desmayado su cuerpo y su alma como embelesada con la novedad de haber tenido a todo un Dios en sus brazos. Son muy para ponderar estas demostraciones de amor careadas con las de santa Catalina mártir; pero esto queda a la piedad de los lectores.

[61] Salió de Cochin esta favorecida virgen tan asistida del cielo como del mundo despreciada; y el mismo capitán que la llevaba era su mayor verdugo y el que más la atormentaba. Porque al paso que con estimación singular la estimaba y quería, el temor de perderla le obligaba a traerla entre la chusma de las demás prisioneras. En el mar vivía debajo de cubierta afligida y en los puertos donde llegaba el navío, si la echaban alguna vez en tierra, era para vivir olvidada en lo más bajo e inmundado de los mesones, o para experimentar en los montes y arenales todas las inclemencias del cielo, entre desprecios, hambres, desnudez y tantos bochornos que mudada una y otra vez la piel, pasó el color blanco de su rostro a ser trigueño, pero sin perder su singular hermosura que parece la conservaba el Señor para ocasión de sus multiplicados martirios, batallas y triunfos y para que pudiese gloriarse como se gloriaba la otra alma santa, cuando hablando con las hijas de Jerusalén, decía: “Almas santas, no me despreciéis por morena; pues soy hermosa como los tabernáculos de Cedar y como las pieles de Salomón.” [Cantar 1]<sup>40</sup> “Negra soy en lo exterior, curtido está el cuerpo al sol, a los aires, nieves, hielos y demás inclemencias de los tiempos; porque ando en batalla contra el poder del mundo, Demonio y carne, perdiendo la hermosura del cuerpo por asegurar los tesoros de la gracia. Ésta he robado, y con este robo y con este triunfo me he llevado las estimaciones del divino amante”. Tocó este bajel<sup>41</sup> en muchos puertos antes y después de haber estado en Cochin, y lo que padeció esta peregrina virgen en tan dilatadas peregrinaciones hasta llegar a Manila, termino de la derrota del capitán que la llevaba, fuera bastante para quitarle muchas vidas si la providencia divina no la asistiera y guardara.

---

40 “Negra soy, pero graciosa, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Quedar, como los pabellones de Salmá. No os fijéis en que estoy morena: es que el sol me ha quemado. Los hijos de mi madre se airaron contra mí; me pusieron a guardar las viñas, ¡mi propia viña no la había guardado!” Cantar de los cantares 1, 5-6.

41 Barco, nave.

[62] Sobre todas estas incomodidades le aquejaba muchas veces y con mucho mayor apretura de corazón (con que parecía que el Señor la ejercitaba) el acordarse de su real patria, donde fue festejada su imperial educación y feliz fortuna. Aquí se encruelecía el dolor y doblaba el sentimiento con las tiernas memorias de sus padres, de los suspiros y lágrimas que derramarían, con la representación amarguísima de su preciosa Mirra perdida. En medio de estas espinas que herían y despedazaban su corazón, la socorría con especiales auxilios de su gracia y, para su mayor consuelo, se le volvió a aparecer María santísima, vestida toda de alegrías y resplandores, y le dijo: “¿Qué tienes hija, qué te aflige, por qué lloras?” “¿Qué tengo de tener, Señora —respondió la afligida Catarina—, si me veo tirada entre tantas penas y amarguras, sin esperanzas de ver a mi madre ni experimentar sus cariños.” “Desde que te adopté por hija —dijo la Señora—, ¿no eres mi hija y yo tu madre? ¿Pues cómo dices que no esperas ver a tu madre?” Con estas pocas palabras pero llenas de infinito regalo y eficaces como tuyas, no sólo templó sino desvaneció totalmente María santísima la tempestad de penosos pensamientos que afligían crueles a Catarina; llenó de gozos su alma y en medio de un mar de gustos replicó humilde: “Hija no, Señora, no soy digna. Esclava seré de tus esclavas y esto me basta para olvidarme de los cariñosos afectos de mis padres y de toda criatura”.

[63] Por este tiempo y en semejante ocasión, en que otra vez atravesada de dolor lloraba como amorosa tórtola su soledad y la falta de sus amados padres. En estas trabajosas peregrinaciones se puso triste al ver pasar una procesión de cuaresma, no sé si fue en Manila o en otra de las ciudades donde llegó la embarcación, y viendo a uno de los penitentes con cruz al hombro y vestido de nazareno, que tenía el mismo rostro de su padre, impelida del natural amor, se fue hacia él desalada y se arrojó a sus brazos. Estando en ellos advirtió que era su Dios humanado, y atónita con el inopinado favor, oyó de la boca del Señor estas tiernas palabras: “Yo seré, hija, de aquí adelante tu padre”. Quedó toda llena de consuelos y encendida toda en amor de Jesús. Desde este paso comenzó a andar cual cierva herida y sedienta en busca de Cristo; todo su cuidado era hallarle, y así de día y de noche, abrasada en llamas del divino fuego, con lágrimas y gemidos, desahogaba su corazón prorrumpiendo en estas amorosas voces: “¿Dónde te hallaré padre y Dios mío? ¿Dónde te buscaré, dónde te veré y podré gozar de tus amorosos brazos sin que las criaturas nos impidan y estorben? Ya no quiero vivir para mí sino para ti, vida mía. Viva yo, mas ya no yo; viva en mí mi amado Jesucristo”. Estos pensamientos y amorosos coloquios

eran toda su ocupación y divertimento por todo este tiempo y lugares de su cautiverio, retiro y soledad.

## CAPÍTULO 8

### DE LO QUE SUCEDIÓ EN MANILA Y VENIDA A ESTA CIUDAD DE PUEBLA

#### *1. Riesgos y martirios con que resplandeció su pureza y muerte desgraciada de un mancebo lascivo*

[64] Alternándose los trabajos de terrena prisionera con los favores y regalos del cielo, entró Catarina en la ciudad de Manila, donde el capitán portugués que la traía se persuadió gustoso que ya estaba asegurada su prenda y que no habría quien la apartase de su lado y de su familia. La vistió con decencia, la dejó con libertad para que entrase y saliese con las demás personas de su casa. Pero esta justa licencia fue ocasión de que se levantasen nuevas borrascas y riesgos de perderla. Porque como era tan singular su honesta hermosura, comenzaron a llover pretendientes para comprarla por esclava o por esposa, aun antes de tener edad para los casamientos. El capitán a todos se la negaba, determinado de conservarla siempre en su casa y familia, ya fuese amor secreto, ya profunda codicia. Uno de los pretendientes fue un hijo o descendiente de los reyes del Japón que llegó a Manila con siete navíos cargados para el comercio. Viendo éste a Catarina en una ventana entre otras niñas y mujeres, le robó su rara belleza de tal suerte el corazón que la pidió para esposa. Y después de muchas diligencias y cuantiosas ofertas, se empeñó tanto con las mismas dificultades de su logro que llegó a ofrecer al que la tenía dos de los navíos cargados en recompensa de aquella joya tan preciosa en sus ojos que a la primera vista le había llevado las estimaciones y afectos del alma. El capitán que no la amaba ni estimaba menos, por no apartarla de sí ni negarla a quien tan galante y con tan resto empeñó se la pedía, suspendió la respuesta mientras la escondía en casa de un vecino amigo suyo, y luego dio por excusa que atemorizada la niña con la grandeza de tanto príncipe se había desaparecido. Como no apareció hasta que se fue el noble de Japón que la pretendía, el cual según la voz común era cristiano y tan fiel a su Dios que pasados algunos años, vino nueva a Manila de haber muerto mártir en su patria. Cuando volvió Catarina

a su casa la afligieron con pésames las compañeras diciéndole: “¡Oh, infeliz niña que perdiste hoy el ser reina y esposa de un príncipe soberano, poderoso, galán y cristiano!” Con estos golpes de la fortuna iba disponiendo la providencia divina el corazón de Catarina para sufrir por su amor otros mayores martirios, aunque ya con los favores divinos se hacían sabrosas todas las penas temporales, tanto como gustosos sus desprecios.

[65] No puedo dilatar la noticia de lo que padeció esta esclarecida virgen en la ciudad de Manila por defender y conservar su pureza, y las borrascas que levantó el infierno para contrastarla, y las victorias y triunfos que consiguió su invencible constancia, auxiliada de la Omnipotencia contra los tres mayores enemigos del alma, resistiéndose a las dádivas, a los ruegos y a las violencias. En la casa donde la escondieron a las vistas, instancias y empeños del príncipe [de] Japón, un hombre tan lascivo como cruel quiso robar muchas veces su honestidad y pureza, valiéndose del retiro donde estaba oculta como de ocasión segura para lograr sus depravados intentos, y no pudiendo rendirla con cariños, con amenazas ni con la fuerza, pasó a desahogar su pasión con crueldades. Y sin reparar ciego en el duelo grosero de maltratar así a una esclava, la hería muchas veces a mano abierta y cerrada, hasta dejarla un día bañada en su sangre inocente con la punta de la daga. En otra ocasión se vio desnuda, atada y atormentada con la vergüenza y con los azotes de este hombre bruto o fiera encarnizada que, cogiéndola con una mano por los cabellos, con la otra descargó tanta multitud de azotes sobre el delicado cuerpo, que no hallando lugar para nuevas heridas se retiró vencido de la constancia de este ángel, sin conseguir otro fruto que haber formado su cruel pertinacia otra Catarina mártir.

[66] Toda la detención en Manila y su última peregrinación hasta llegar a la ciudad de los Ángeles, fue una tempestad continua de sangrientas batallas, combatiendo el poder del infierno su honestidad. Ella misma aseguraba que no pudiera haber defendido su integridad y limpieza si no hubiera concurrido con particulares asistencias el cielo, comunicándole en estas luchas tanta fortaleza y valor, que siendo niña y delicada, arrojaba de sí al más forzado con la facilidad que pudiera tirar una paja o una pluma o un débil tizón del infierno. Dejándosele ver muchas veces los ejércitos angélicos que la ayudaban y Jesús y María, a quienes atribuía sus triunfos porque eran los que más celaban su honra, usando tal vez Dios de su justicia contra los que abusaban de su paciencia y misericordia. Sirva de ejemplo para el escarmiento un desgraciado suceso que, aunque no acaeció en Manila, lo adelanto aquí por prueba de lo que voy diciendo.

[67] La combatió por mucho tiempo un mancebo tan loco como enamorado, y hallándola invencible a los cariños y ruegos, pretendió conseguir con violencia como bruto, lo que no podía alcanzar como racional, con los galanteos. Buscó ocasión de hallarla sola y ciego se arrojó a sus brazos. Se reconoció agraviada Catarina con tan desvergonzado atrevimiento, llamó al cielo en su ayuda y despidió de sí a aquel monstruo infernal con tal fuerza, que estrellándolo contra una pared cercana, quedó quebrantado y medio muerto. Pero no arrepentido, porque como se vio vergonzosamente vencido de una mujer, y sin fuerzas para renovar la lucha, vengativo y desesperado, la amenazó con votos y juramentos que valiéndose del poder del Demonio había de conseguir sus brazos. Invocó éste en su favor al Demonio, se le apareció y con su consejo salió de la casa donde vivía en busca de una hechicera, quedando en su lugar y en su forma otro diablo para suplir su ocupación y asistencia. Éste se desapareció a los dos días y el que fue a buscar a la hechicera nunca apareció vivo ni muerto. Catarina, que en espíritu vio el trato que hizo con el Demonio y suceso lastimoso, vivió toda su vida afligida y recelosa de la desgracia última que se buscó este atrevido y arrojado mancebo.

## *2. Cómo se valió Dios de los medios humanos para conseguir los fines de su providencia*

[68] Cuando los hombres andaban más perdidos por tener esta preciosa perla en su casa como a hija, como a esposa, como dama o como esclava, andaban también Jesús y María (digámoslo así) como desalados por librarla de los lobos que la buscaban hambrientos. Para conseguir sus altos fines, la Providencia tomó por medio poner un pensamiento y eficaz deseo en el capitán Miguel de Sosa, vecino de esta ciudad de los Ángeles, de tener en su casa una chinita modesta y agraciada que le sirviese a él y a su consorte de consuelo, en la falta de sucesión que lloraban; y como era de Dios el deseo, luego se puso la ocasión en las manos, llegándose a despedir del otro noble portugués paisano y compadre suyo que iba a embarcarse para las islas Filipinas. Y a este encargó con todo empeño la diligencia, y el respondió que se la remitiría en la primera ocasión con todo cuidado y fineza. Navegaba ya por cuenta de la especial providencia de Dios y así llegó con felicidad a Manila, y sabiendo que se vendían algunas piezas de esclavos, acudió cuidadoso a verlos para el desempeño de su palabra. Y más de su interior inspiración y llevándole los ojos la buena gracia de Catarina, pidió que se

la vendiesen. Le respondió el capitán que la tenía, que no la podía vender ni dar por ser joya de su gusto y el consuelo de toda su casa. Le informó de su nobleza y de lo que le había costado el conservarla y traerla hasta Manila; y entre otras de sus virtudes, le ponderó la de su honestidad y pureza. Con este informe crecieron más los deseos en el noble hidalgo e instó con finezas, con importunaciones, intercesiones y con intereses, obligándose a comprarle diez o doce pares de esclavos que le habían quedado porque le diese esta niña, asegurándole que la trataría como a noble, como a libre y como a hija. Como el Señor gobernaba la acción, movió al capitán portugués se la diese o vendiese. Consiguio al fin lo que pretendía, o por paisano, o por su eficacia importuna, o por designio de la providencia divina que movió al capitán que la traía a deshacerse de esta prenda que no entregó a sus padres por tan grueso rescate, ni al príncipe de Japón por tan considerables intereses.

[69] La llevó luego a su casa el compadre del capitán Sosa, y mientras tuvo ocasión de remitirla la trataba como a noble, como a hija y como a santa. Pero en esta detención sobrevino otra borrasca, porque habiendo recibido carta el gobernador de Manila del señor virrey de México, rogándole que le remitiese una china de poca edad con las calidades de Catarina, hizo con eficacia la diligencia, y adquirida noticia de esta niña se empeñó tanto en que se la diesen, que el correspondiente de Sosa se vio obligado a esconderla y embarcarla de hombre para asegurarla. Con este disfraz llegó al puerto de Acapulco con carta para su compadre, en que le decía le enviaba una niña hermosa y santa para que la recibiese y tratase como a hija, advirtiéndole las instancias del gobernador y de los deseos de su virrey. Con estas noticias y el singular aprecio que Dios le puso desde luego en su corazón, el mismo capitán Miguel de Sosa fue en persona por ella al puerto y la introdujo en esta ciudad y en su casa, con todo amor y regalo, el año de mil seiscientos y diez y nueve, según las mejores conjeturas y más probables razones. Catarina decía que había venido tan niña que aún la peinaban y ayudaban a vestir, y por el nombre de niña quieren algunos decir que tendría diez o doce años de edad. Otros movidos con la razón de las batallas que había tenido por defender su honestidad, le dan catorce. Poca es la diferencia y este poco más o menos de ochenta de edad tendría el año que salió de esta vida para la eterna, que fue el año de ochenta y ocho.